

—La hiena no se caza,—me contestó;—se aprisiona.

—¿Cómo?

—De la manera más fácil: ya verás.

Algunos días después estábamos acampados en Taouriza, cuando el El-Habouchi entró en mi tienda y me dijo:

—Señor: ¿quieres cazar la hiena?

—Con gran placer,—le contesté.

Y me disponía á empuñar el fusil, pero el *spahi* me detuvo, diciendo:

—¡Oh! No te cargues de peso inútilmente. No merece el honor de la pólvora.

Por un sendero estrecho, nos dirigimos hacia una gran roca granítica, que dominaba una espesura poblada de *thuyas*. Bajo las ramas colgantes de estos árboles, había un grande agujero abierto, disimulado por ligero ramaje.

—Hemos llegado,—dijo El-Habouchi.

Separó las ramas, y vimos á una hiena acurrucada en el fondo. Su mirada brillaba de extraña manera.

—No hay cuidado,—dijo El-Habouchi;—no tiene pequeñuelos.

Un *kábila* se adelantó, teniendo en la mano un pedazo de madera de unos 35 centímetros, en cuyos extremos se hallaba atada una fuerte correa de cuero.

La hiena se levantó sobre sus patas delanteras, y abrió su gola en actitud amenazadora y gruñendo.

Merced á un movimiento rápido como el rayo, el *kábila* metió el bastón entre los dientes del animal, y ató apretadamente las correas alrededor del cuello; y, cogiéndola por una pata, la sacó del agujero.

Jamás he asistido á más menguada caza.

—¿Qué vamos á hacer de la hiena?—me preguntó el *spahi*.

—Matarla.

—No: nosotros no matamos jamás á la hiena.

—¿Por qué?

—Primero porque causa desgracia, y después porque limpia las comarcas de animales corrompidos y

putrefactos, y por ello se apellida la hiena *devoradora de la peste*.

Era un animal soberbio. Medía 1'50 metros de largo; y su pelaje, de un gris amarillento, con rayas trasversales oscuras, ofrecía un conjunto notable. Quise, pues, llevarme aquel ejemplar.

—¡Es forzoso matarla!—dije.

—Oír equivale á obedecer,—respondió El-Habouchi.

Y, dirigiéndose á los *kábilas*, dijo:

—Árabes de Taouriza: ¿hay alguno, entre vosotros, enfermo de hidropesía? La sangre caliente del *debá* cura por la voluntad de Alá.

—Tengo un tío,—contestó uno de los árabes,—repleto como un odre de aceite.

—Pues bien: aprestárate y ve á buscarle.

No tardó en llegar el enfermo, y la hiena fué degollada. No sé si el árabe curó de la hidropesía, pero la piel de la hiena de Taouriza se halla al pie de mi lecho, y forma una pequeña, pero mullida alfombra.»

Uno de nuestros grabados representa la nutria (*Lutra vulgaris*) animal especie de anfibio, que vive de la pesca á orillas de los ríos y de los estanques.

La nutria no puede permanecer mucho tiempo bajo el agua. Mide generalmente de 60 á 66 centímetros. Su color es gris oscuro.

La nutria se alimenta no sólo de pescado, sino que saborea también con delicia ranas, lagartos, ratones de agua, etc., etc., y en defecto de animales come, en la primavera, hierbas tiernas. La nutria se alberga bajo las gruesas raíces de los sauces, entre las hendiduras de las rocas, ó bajo troncos tendidos cerca del agua. Su *terrier* (escondrijo) se llama *catiche*.

La pesca de la nutria equivale á una caza. En Francia son pocos los que se dedican á esta clase de venatoria. En revancha, en Escocia, donde abundan las nutrias, algunos *gentlemen* tienen trenes para su caza, compuestos de perros *griffons*, que nadan admirablemente, y que adquieren singular ardor dentro del líquido elemento.



CAPITULO XIX

CAZA DE LA ZORRA Y OTROS ANIMALES VENATORIOS

I

Como dice el Marqués de Chevillé, el zorro es un ladrón por instinto, inteli-

gente, y en el que la astucia supera á la audacia.

El zorro, llamado también *raposo*, pertenece al orden de los carnívoros, familia de los digitígrados, y grupo de los caninos. Habita desde las zonas más frías hasta la zona tórrida, siempre que haya algo que robar (1).

(1) Torres Ayllón.

La longitud del zorro, desde el hocico hasta la punta del hopo (cola), es de 2 pies y 8 pulgadas hasta 3 pies. Algunos individuos alcanzan más longitud, pero son muy pocos. Su altura es de 1 pie y 2 pulgadas próximamente.

Los caracteres del zorro son: astucia, doblez, inclinación al robo y malicia. Basta sólo una mirada suya para comprender que su apariencia no engaña.

Siendo un animal tan conocido de la generalidad de los cazadores, evitaré hacer la descripción de su figura.

El pelo del zorro varía según el clima, la localidad y las variedades que de él existen: así que, además del

zorro común, cuyo color es gris rojizo y con la punta del hopo blanca, se ven el zorro rojo ó alazán, llamado *zorro tostado ó prieto*, de color negro el hocico, negruzco el vientre, rojo de capa, y la punta del hopo negra.

El zorro negro ó castaño oscuro, que sólo se encuentra en el norte de Rusia, y muy raramente, es tanto su valor, que una sola piel vale de 1,000 á 1,500 reales.

El zorro azul se encuentra en el norte de Suecia y en la Groenlandia. Su pelo es mucho más largo que en los otros zorros.

El zorro gris se halla en la Tartaria.

El zorro color de hierro se encuentra en la Luisiana.

El zorro plateado habita la Carolina y la Virginia.

El zorro blanco sólo se encuentra en los paralelos boreales.

Al examinar sus patas cortas no se puede deducir que su velocidad sea grande, y, sin embargo, el zorro corre extraordinariamente y salta de una manera prodigiosa.

Dotado por la naturaleza de sentidos extremadamente finos, sobre todo los vientos, nada de lo que existe á su alrededor, en un radio de algunos centenares de metros, queda desapercibido para él. Á esto, unida su inmensa astucia y el grado de talento que desarrolla en evitar percances y malos encuentros, como en imponerse á otros seres más débiles, debe el ser un ratero de la peor calaña, y más peligroso que otros muchos animales carniceros de más corpulencia. Como todo ladrón, es cobarde. No obstante, si pierde la esperanza de salvarse por medio de la huida, cuando ha sido sorprendido, se defiende con su bien armada boca, procurando siempre tener las espaldas cubiertas.

Á la condición de ladrón hay que añadir la de asesino; pero asesino alevoso, porque muchas veces mata sin necesidad y sólo por el gusto de hacer daño.

Una sola virtud posee: ser buen padre de familia. La zorra, sobre todo, es una madre amorosa y tierna, que se desvive por sus hijuelos.

El estoicismo del zorro es casi proverbial. Cuando se siente cogido por una pata en el cepo, y se convence de que no tiene escape, si el hueso está roto, se roe la carne y los tendones, y abandona la pata que le sujetaba y que para él era ya un peligro el conservarla. Varias veces he visto entrar en ojeo algunas zorras con tres pies.

Siempre que un zorro se siente herido, su primer movimiento es morderse la parte lesionada. Como todos los animales carniceros, es muy tenaz para la muerte;

así que se han dado casos de empezar á desollar un zorro que se creía muerto, y volverse contra quien tan mal le trataba. Como el tejón, su parte más delicada es la nariz: por esto, cuando se tiene un zorro al parecer muerto, no está de más darle un golpe de plano en la punta de la misma.

La vida del zorro se puede dilatar hasta los veinte años, si no se ve atacado de las tres enfermedades á que está bastante expuesto: el usagre, la tisis y la hidrofobia, que es común á todas las especies caninas.

En los inviernos poco rigurosos empieza el celo de este animal hacia primeros de febrero; pero si el frío es intenso ó ha caído mucha nieve, se adelanta aquél unos quince días.

Es digno de notarse que, tan pronto como la zorra se siente *alta*, es muy raro encontrar sólo uno de estos bichos, pues comunmente concurren tres ó cuatro machos en seguimiento de la hembra, con la circunstancia de que las pistas de los dos primeros van muy unidas. La anterior es de la hembra: las otras son las de sus adoradores. Cuando la hembra se insinúa por medio de un sonido ronco, el macho más próximo lleva la nariz apoyada en el hopo de la bella. Los demás siguen los pasos del primero, sin intentar desalojarle de su puesto. De este modo recorren montes y prados, hasta que llega el alba y se interna con su séquito en la zorrera. Es opinión generalmente admitida entre cazadores, que el que sigue más inmediato á la zorra es el solo favorecido.

Á los sesenta y tres días después de haber sido fecundada, pare de tres á siete zorrillos, que permanecen ciegos por espacio de doce á catorce días, y cuyo pelo es ceniciento, que más tarde se va haciendo más amarillento.

Durante las primeras dos semanas, la madre no abandona un instante á sus hijuelos, á quien amamanta. En este tiempo, así como en la segunda mitad de la preñez, el macho procura el alimento á su consorte. La tercera y aun la cuarta semana permanecen los pequeños en la zorrera; pero, pasado este tiempo, la madre conduce á sus hijuelos á la boca de la cueva, ante la que permanecen todo el día retozando y ensayando sus dientes en el producto de las fechorías del papá. Á medida que aumentan sus fuerzas físicas, los padres los abandonan con más frecuencia y las ausencias son más largas. En cambio, cuando regresan vienen más provistos de víveres para sus pequeños.

Mientras los padres están de caza, los zorrillos entretienen el hambre saliendo de la cueva á retozar delante de la boca de la misma. Nada más interesante que